

Nueve semanas en otro lugar: el viaje a México de Stephen Crane

Antonio Saborit

Estos artículos periodísticos de Stephen Crane (Nueva Jersey, Estados Unidos: noviembre 10., 1871- Badenweiler, Alemania: junio 6, 1900) son parte de los que escribió a principios de 1895 durante un viaje por el oeste norteamericano y México —pero son todos los que escribió sobre este país. Aunque algunos no fueron publicados en su momento (“Las calles principales de esta ciudad”, “El Canal de la Viga” y “Por encima de todas las cosas”), hoy los podemos leer gracias al trabajo y la edición de uno de los especialistas más importantes de la obra de este escritor norteamericano, Joseph Katz (Stephen Crane in the West and Mexico, edited by Joseph Katz, the Kent University Press, 1970, 109 pp.). Crane tenía entonces veinticuatro años y todo parecía indicar que el año de 1895 sería uno de los más afortunados en su corta vida. Hasta ese momento tenía en su favor cierta educación formal adquirida en la Universidad de Siracusa, de donde se salió en junio de 1891; varios años como periodista; dos novelas: Maggie: a Girl of the Streets (1893), cuya publicación financió el mismo Crane, y The Red Badge of Courage, publicada por entregas por medio de la agencia periodística Bacher, Johnson & Bacher; un libro de poemas: The Black Riders and Other Lines, publicado en 1895 (Copeland & Day), antes del viaje.

Han sido pocos los que han destacado la importancia de esta experiencia. John Berryman (Stephen Crane, 1950) apenas la menciona y hasta el mismo Katz parece olvidarla (Stephen Crane in the West and Mexico, 1970), la ceguera académica de Drewery Wayne Gunn (Escritores

norteamericanos y británicos en México, 1956-1973, 1969 y 1977) la subordina a su propia tesis, y hasta el mismo Joseph Conrad (Notes on Life and Letters, 1921, 1926, 1949), quien fue uno de los primeros escritores en reconocer los méritos de Crane, la pasa por alto —aun cuando uno de sus relatos preferidos (“One Dash-Horses”) fue producto de las nueve semanas que Stephen Crane estuvo en México. Entre los muchos estudios, sólo el de Frank Bergon se demora con inteligencia en este aspecto de la vida de Crane (The Western Writings of Stephen Crane, 1979), rastreando además antecedentes y consecuencias literarias del género libresco del “oeste” que visitó y modificó Crane.

Estos ocho artículos sobre México quizá nunca se habrían llegado a conocer si su autor no fuera Stephen Crane. No se justifica ni se anticipa su desigual factura —tratándose de Crane es natural error esperar que en todas sus páginas esté presente la excelencia de sus novelas y relatos—; se menciona este hecho porque Crane fue uno entre muchísimos extranjeros que escribieron de su experiencia en México en el último tercio del XIX. A diferencia de ellos, Crane no es un viajero sino un corresponsal, o mejor, un enviado, y todas sus crónicas componen un lote aparte en su producción. Al regresar a Nueva York después de este viaje, The Red Badge of Courage, publicada como libro en el otoño de 1895, hizo de Crane un personaje literario de primera línea y lo que viniera después de esa novela sería visto naturalmente. Sin embargo, lo mejor tendría siempre algo que ver con el viaje de 1895.

Antonio Saborit

Stephen Crane en México / De San Antonio a la antigua ciudad de los / aztecas / A través del cactus y el mezquite / El autor de The Black Riders / otro viaje realizado en América. / (Copyright, 1895, Bachelier, Johnson & Bachel / 1er.).

Cd. de México, julio 4.

El tren partió de los americanismos de San Antonio —las carbonerías y madererías, las líneas de coches de carga, las vías innumerables y los negros caminos de ceniza— para entrar a las extensiones sureñas del mezquital.

En el compartimiento para fumadores, el capitalista de Chicaco le dijo al arqueólogo de Boston:

—Ahí vamos; por fin.

El arqueólogo sonrió con una alegría tranquila.

La parda aridez del mezquital fue avanzando y durante horas se dejó ver por las ventanas de los carros. De vez en cuando, medio enterrado en los matorrales, aparecía un rancho pequeño.

En la puerta del patio de uno de ellos, jugaban algunos bebés apercalados, y en la puerta misma había una mujer que recargaba la cabeza contra uno de los marcos, siguiendo sin interés el paso del tren. Pálida, acabada, sin ánimo, en su viejo y ajado camisón, era del tipo de las mujeres que se ven en el norte, en el este, en el sur, en el oeste.

—Ese va a ser uno de nuestros mejores vistazos de la civilización norteamericana— señaló entonces el arqueólogo.

Los cactus extendían sus anchas hojas pulposas sobre el rojo pardo de la tierra, a la sombra de los matorrales del mezquite. Un plateado vapor delgado surgió en el horizonte.

—Oye, antier vi a mi primer mexicano —dijo el capitalista—. Venía de Nueva Orleans. Era

admirable. Deveras que podía hablar más inglés que ninguna otra persona a la que yo conozca. Hablaba como carretilla. Tenía la feliz cualidad social de hacer que todo el mundo entrara a la conversación. No había manera de evitarlo, ¿entiendes? Todo lo que decía lo decía como pregunta. "San Antonio es bonito, ¿verdad?" Todos teníamos que estar dice y dice que "sí" o que "claro" o que "claro que sí" cada tres segundos.

—Yo de niño estudié en el norte con unos cubanos —dijo el arqueólogo—, y me enseñaron a decir groserías en español. En eso estoy muy bien. Puedo. . .

—¿No entiendes bien la parte conversacional? —demandó el capitalista.

—No —respondió el arqueólogo.

—¿Tienes amigos en la ciudad de México?

—No.

—Oye, caray, te la vas a pasar de maravilla.

—Que, ¿tú hablas el idioma?

—No.

—¿Tienes amigos en la ciudad?

—No.

—¡Genial!

Estos reconocimientos mutuos unieron a los dos hombres. En esta invasión, en la que ambos enfrentaban lo desconocido, era un premio contar con un amigo.

Conforme avanzaba el tren sobre el sorprendente mar pardo del mezquital, comenzaron a aparecer pequeños presagios de México. Una mexicana, tal vez, encorvada frente a la puerta de una choza, con los brazos doblados al descubierto, casi tocándose la barbilla con las rodillas, apoyada la cabeza en el marco de la puerta. O tal vez un empolvado pastor con un sombrero en punta y ropa de color café oscuro a un lado de la vía, mirando al tren con su inescrutable vista. Una nube de polvo blanco por encima de los matorrales de color muerto señalaba la posición de

su rebaño. Sobre este solitario, vasto silencio de la pradera colgaba un cielo sin mancha, ignorante de los pájaros o de las nubes.

—Mira esto —dijo el capitalista.

—Mira eso —dijo el arqueólogo.

Estos signos premonitorios los metieron en la fiebre de la anticipación.

—Oiga ¿cuánto falta para llegar a Laredo?

El conductor sonrió. Reconocía un aspecto usual, típico, en esta impaciencia.

—Ah, todavía falta mucho.

Y entonces, finalmente, cuando toda la pradera había mudado hacia un leve azul sombreado, incipiente, alguien les dijo:

—¿Ven aquellos cerros? Bueno, pues están del otro lado del Río Bravo.

—¡Quítate! ¿Deveras?'

No podía seguirles interesando un pastor con un rebaño que levantaba nubes de polvo blanco. Sus ojos estaban clavados en los cerros del otro lado del Río Bravo.

— ¡Ahí está! ¡Allí está el río!

— ¡Ah, no, no es!

— ¡Te digo que sí es!

Al fin, el tren se abrió camino entre algunos cerros y se puso a la vista de algunas casas de techos bajos al otro lado de las extensiones de arena. De hecho, se paró en una larga estación de madera. Una multitud de vaguitos mexicanos se había reunido para presenciar la llegada. A unas veinte yardas estaba un tren integrado por una máquina, un carro de correo y equipaje, un pullman y tres coches de día marcados primera, segunda y tercera clase en español.

—Mira, allí está la máquina —dijo el capitalista—. Allí está la Azteca Ltd. Allí está el tren que nos va a llevar a la tierra de las flores y de las visiones y de todo lo demás.

Una avalancha general se dejó ir contra la oficina de boletos para cambiar dinero americano por dinero mexicano. Era un juego hermoso.

Se daban dos dólares mexicanos por cada dólar norteamericano. Los pasajeros se despidieron de los retratos del ave nacional con sonrisas exultantes. Examinaron con interés los nuevos billetes, que eran demasiado alegres, con rojo y púrpura y verde. En cuanto al dolar de plata, una de sus caras quería representar un gorro frigio del que surgían rayos de gloria, pero se veía como si fuera todo lo opuesto: como la imagen de una bomba estallando. El capitalista de Chicago hizo sonar con gusto sus monedas:

— ¡Mi dinero duplicado!

"All aboard", dijo el conductor por última vez. Después dijo: "Vámonos". El tren se mecía en la curva y se enfiló hacia el río. Un soldado en uniforme azul de combate de las barracas adyacentes; un robusto alemán orgulloso en la entrada de su cantina; un emblema anglosajón, elaborado y hermoso, sobre un montón de leña; una imagen en rojo y blanco y azul en lo alto de una asta distante, y el tren ya había llegado al elevado puente que conecta una nación con otra.

Laredo parecía efectivamente una ciudad construida sobre la arena. Parecían increíbles los pequeños pedazos de tierra con vivo pasto verde sobre este baldío aparente. Daban la impresión como de petates de hierba en un escenario teatral. Un viejo campanario de piedra se levantaba por encima de los techos bajos. El río, poco profundo y bastante estrecho, fluía entre amplios bancos de arena que parecían expresar las antiguas glorias de la corriente.

En Nuevo Laredo había una muchedumbre en la plataforma: mexicanas embozadas en viejas mantas y mexicanos envueltos estrechamente en sarapes de color oscuro. En las cabezas de los hombres destacaban los famosos sombreros puntiagudos. Era el boceto de una pintura realizado en colores oscuros.

También estaba un hombre con zapatos ca-fés y pantalones de violenta tela inglesa a cua-

dros. Cuando un caballero de ascendencia española es importante, a cada paso alza las rodillas hasta el límite. Este caballero las alzaba como si no tuvieran nada que ver con él, como si trajera un par nuevo a su servicio.

—Ud. sólo trae equipaje de mano —dijo el conductor—. No tiene que bajarse.

En su momento, el caballero con zapatos cafés entró al carro, alzando espantosamente las rodillas. Obligó al maletero a bajar todas las literas superiores mientras él tentaba entre las sábanas y los colchones. El arqueólogo y el capitalista ya tenían abiertas sus valijas y el caballero hizo una pausa en su andar y les echó un vistazo amablemente. —Está bien —dijo aprobatoriamente, y colocó en cada una de ellas una etiqueta que traía una *formidable* leyenda mexicana. Después partió con el mismo paso.

El tren volvió a invadir la aridez del mezquital. Era admirable. De algún modo, los viajeros habían esperado un cambio radical al momento de pasar el Río Bravo. Pero al contrario, la Texas del sur se repetía. Se untaban a las ventanas y observaban el mítico sur. Hacia atrás, sin embargo, Texas estaba representada por una larga y estrecha fila de cerros, levantada sobre la planicie como un escalón.

Rara vez aparecían jinetes, pastores y chozas en el mezquital. En una ocasión, sobre un cerrito se vió un panteón y arriba de cada tumba había una cruz negra. Aquellos sombríos emblemas, alineados contra el cielo pálido, habían recibido, a partir de su color, nuevo en esta solitaria tierra de matorrales pardos, un horror fantástico e inefablemente lastimero. Las vías tomaron hacia el oeste y se extendieron en línea recta como un punzón dirigido hacia el cielo rosado por donde el sol había desaparecido. Las sombras del mezquital se hicieron más profundas.

De hecho, el tren pasó por un poblado. Aún había luz suficiente para apreciar algunas cuadra-

das chozas amarillas de cuyas puertas rectangulares partían muchos rayos rojizos provenientes del hogar. Siniestras y oscuras sombras se movían en esta semitiniebla parpadeante. El arqueólogo y el capitalista estaban solos en este momento en el carro dormitorio y tenían lugar para su entusiasmo, para sus sobresaltos. En una ocasión vieron el negro perfil de un hombre recortado sobre uno de estos óleos rojos. Tenías las piernas cruzadas, los brazos doblados encima del sarape, su sombrero parecía una *Charlotte russe*. Estaba recargado negligentemente contra el marco de una puerta. La figura justificaba todas sus preocupaciones. El hombre era algo más que una pintura. Era la demostración de ciertos romances, canciones, relatos. Renovaba la fe del capitalista y del arqueólogo. Y lo estuvieron escrutando hasta que partió el tren.

El arqueólogo y el capitalista querían montañas. Clamaban por montañas.

—Conductor, ¿qué tanto falta para que veamos montañas?

El conductor señaló una larga sombra sobre la palidez del crepúsculo. Ligeras, delicadas, parecía un cúmulo de nubes ligeras de un aguacero distante.

El tren, sacudiéndose rítmicamente, avanzaba hacia el horizonte lejano. El profundo misterio de la noche en la pradera del mezquital se instaló como si, ante la duda, fuera una advertencia. Las ventanas presentaban negras extensiones. En las estaciones pequeñas se alcanzaban a escuchar voces de mando que surgían de las tinieblas profundas. Figuras encapotadas se movían en el brillo de las linternas.

Los dos viajeros, hambrientos de color, forma, acción, querían penetrar con la vista estas negras cortinas de oscuridad que se interponían entre ellos y la nueva y extraña vida. Finalmente, sin embargo, el capitalista se instaló en el

compartimiento para fumadores e hizo un largo recuento de los atributos de sus hijos en Chicago.

Antes de que ambos se retiraran, salieron a la plataforma y miraron hacia el sur, en donde la fila de montañas, que se recortaba todavía contra el cielo pálido, se había hecho portentosamente grande. Para aquellos que iban en los trenes, la negra pradera parecía ahondarse como un mar y estas montañas surgían de él como islas. Al oeste brillaba una estrella enorme.

—Es tan grande como un queso —dijo el capitalista.

A la mañana siguiente, el arqueólogo aseguró que se había despertado a medianoche y que había visto Monterrey. Parecía, dijo, como un muro enorme y una fila distante de luces. Cuando despertó el capitalista, el tren comenzaba a atravesar un enorme valle amplio que resplandecía con el sol de la mañana. Hileras de montañas, arrugadas, ajadas, exentas de todo menos de arbustos dormitaban a ambos lados del paisaje. Sus pequeñas cúspides se veían amarillas con la luz y sus costados eran del carmín más fino, matizado pesadamente por sombras. El amplio, plano llano se veía espeso por los matorrales, pero las palmas de dátiles eran tan numerosas que a ratos lo hacían parecer como el lecho de algún monstruoso espárrago.

En todas las estaciones una pequeña multitud colorida se había reunido para recibir al tren. Algunos eran no más curiosos y otros traían distintos objetos para los viajeros: para mendigar o para vender. Las indias caminaban junto a la fila de carros y ponían las canastas de fruta del lado de las ventanas. Sus grandes, estólidos rostros se iluminaban de pronto con un nuevo florecimiento comercial a la llegada de este tren lleno de víctimas. Los hombres permanecían inmóviles y reposados en sus sarapes. Atrás de las estaciones se podían ver grupos de casas blancas de adobe con sus techos planos. En los lugares don-

de un camino blanco se extendía sobre el desierto hacia las montañas, por lo común surgía una alta nube de polvo perseverante proveniente de los cascos de algún corcel de un *caballero*.

Conforme este tren conquistaba más y más millas hacia su dorado destino, se podía notar una progresión regular en color. En Nuevo Laredo los tonos dominantes en la ropa de la gente eran café, negro y gris. Después se interpoló un púrpura o un rojo ocasionales en los sarapes. Y más adelante, el púrpura, el rojo y los otros colores vivos se convirtieron en colores típicos, y hasta los pantalones de tela oscura fueron reemplazados por los de blanco algodón sucio. Un jinete con un sarape rojo y un sombrero alto de color marrón o perla o amarillo destacaba como individuo, pero una docena o dos de ellos descañando bajo la sombra de alguna estación de ferrocarril hacían un delirio cromático. En México, la atmósfera rara vez suaviza algo. Dedicar su energía a iluminar, destacándolo todo, volviendo los colores cabalmente volcánicos.

Los pies descalzos de las mujeres iban de un lado a otro de las ventanas de los carros. Sus voces suplicantes siempre eran suaves y musicales. La fuerza del sol del desierto caía sobre sus canastas, en donde la fruta y la comida eran expuestas a todos los fervientes rayos.

De vez en cuando, en esta solitaria expansión golpeada por el sol, de la que ascendía una fina tormenta de polvo blanco ante cualquier provocación, el tren dejaba atrás bardas hechas de piedras comparativamente pequeñas que se extendían a lo largo de millas sobre la planicie y que después subían las montañas distantes en una línea recta. Expresaban el trabajo más increíble y aparentemente estúpido. Ver una barda de piedras que comienza siendo alta y ancha y que se prolonga hacia el horizonte en un delgado, monótono hilo, lo lleva a uno a pensar en las

innumerables manos que acomodaron las piedras para dividir una cantidad de matorrales de otra. Ocasionalmente, se alcanzaba a ver el techo bajo de una hacienda, rodeada por construcciones exteriores y enterrada por árboles. Estas bardas señalan los límites de las propiedades de cada hacienda.

—En algunas épocas del año —dijo el conductor—, los peones indios no tienen nada que hacer, y como los hacendados les tienen que dar de comer y conservarlos con ellos, entonces los ponen a hacer estas bardas de piedra.

El arqueólogo y el capitalista observaron con renovado interés los grupos de peones con los pies terrosos en las estaciones pequeñas. Los grupos de chozas de adobe en las que vivían algunos de ellos se parecían a las pinturas de las tumbas palestinas. Pero con todo, sonreían amablemente, los blancos dientes brillando.

Cuando el tren rebasó el monumento de piedra que señala el Trópico de Cáncer, los dos viajeros se asomaron peligrosamente.

—Fíjate en eso, ¿quieres?

—No lo puedo creer.

Lo observaron admirados.

—Vaya, vaya; conque eso es, ¿no?

Cuando se vió la cara del lado sur del monumento, vieron la leyenda: "Zona tórrida".

—*Thunder*, ¿no es genial?

Finalmente, el valle se fue estrechando. Las vías corrían cerca de la falda de los cerros. A través de pasos ocasionales se alcanzaban a ver otras extensiones, plomizas, a la distancia. Los matorrales se hicieron ralos y los cactus comenzaron a crecer con mayor ímpetu. Se hizo visible el verde tierno de otras plantas desconocidas. Tierra gris en cuerpos espirales señalaba el tránsito del tren.

En San Luis Potosí, los dos viajeros descendieron y una vez más atacaron uno de esos restaurantes norteamericanos que están localizados en

puntos estratégicos. Pollo rostizado, carnes tiernas, chuletas, huevos, bisquets, curtidos en vinagre, queso, pie, café, y afuera, a pleno sol, estaban el polvo y los mexicanos y una charla acalorada —una especie de atmósfera de *chili con carne, tortillas, tamales*—. Los dos viajeros se acercaron a esta mesa con un aire religioso, como si hubieran entrado a una capilla.

Toda la tarde los cactus siguieron mejorando su tamaño. Ahora parecía que los nativos hacían una especie de barda de una variedad y sombra de otra. Los rostros morenos de las indias y sus bebés se asomaban entre las masas de verde espinoso.

En Atotonilco, una iglesia con torres de tejas rojas surgió rodeada de árboles cipreses que parecían plumas de carroza fúnebre, y en el arroyo que corría cerca había una multitud de cabezas con largo pelo negro. Una gran variedad de ropas femeninas decoraban los arbustos que cercaban el arroyo. Un bebé, moreno como una vasija de agua y con los modos de un regente, caminaba por la orilla con una indiferencia total o ignorancia o desafío.

Varias veces, viejos pordioseros, grises y jorobados, trotaron dolorosamente con sus sombreros extendidos pidiendo centavos con voces que expresaban el último grado de desesperación abatida. Sus ropas colgaban en los jirones más sobrenaturales. Parecía un milagro que esos fragmentos pudieran sostenerse sobre un cuerpo humano. Con un instinto inexplicable, infalible, se dirigían hacia el capitalista. Y el maldecía y se sonrojaba cada vez que pasaba esto.

—Me creen presa fácil —decía con odio—. No, yo no, sáquense, váyanse de aquí.

El invicto arqueólogo reía.

Las iglesias al norte de Monterrey habían sido en su mayoría pequeñas y miserables estructuras rematadas por delgadas cruces de madera. Ahora eran más impresionantes, con do

bles torres de piedra y en medio de jardines y de construcciones adyacentes. En una ocasión el arqueólogo se puso a husmear las ruinas de una capilla gris y solemne. Los viejos muros y el campanario surgieron en medio de un matorral de cactus descuidados. De inmediato le recitó al capitalista toda la historia de Cortés y los aztecas.

Al caer la noche, el tren se detuvo en una estación a la que todo el pueblo había bajado a ver y chismear. No había gran iluminación en las calles. En la estación estaban prendidas dos o tres lámparas pequeñas y un soldado, o un policía, llevaba una linterna que iluminaba débilmente su macana y el acero brillante de su revólver. En lo más oscuro, las muchachas caminaban brazo con brazo, tres o cuatro en fila, y reían. Bandas de pandilleros recorrían las tinieblas. Se alcanzaban a escuchar sus agudos llamados. Se aparecieron algunos vendedores con antorchas brillantes y trataron de vender sus cosas.

En las primeras horas de la mañana, los dos viajeros bajaron de sus literas para descubrir que el tren estaba parado en el aire. Había iniciado su gran ascenso de las montañas. Abajo y a la izquierda, como una cobija a cuadros, se extendía una enorme llanura de campos verdes y amarillos. Por una y otra parte había pequeños pueblos blancos, iglesias, haciendas. Y más allá de esta llanura se levantaba el Nevado de Toluca a unos quince mil pies. Su cara oriental estaba dorada por la franqueza con la que el sol caía sobre ella y sus costados nevados estaban sombreados de rosa. El color dorado lo hacía parecer como si la cumbre observase con una alta mirada serena e inmemorial el acercamiento de los soles interminables, hacia el oriente. Y a nadie le importaba hablar ante estas montañas que se plantan como dioses ante el mundo, por miedo de ser escuchado. Lentamente el tren dio vuelta sobre el rostro del precipicio.

Cuando se venga a este país, no hay que

confundir los panes mexicanos con piezas de mineral de metal. No son piezas de mineral. Son panes.

En una estación de la montaña, a la que el tren de alguna maravillosa forma había llegado, los viajeros se desayunaron con pan y café. El conductor, alto, fuerte, con la mente completamente despejada y los ojos clarísimos con todo el tipo de ferrocarrilero norteamericano, como si estuviera encargado de la Pennsylvania Limited, se sentó en la cabecera de la mesa y llamó a un peón moreno. El capitalista mordió el pan y dijo:

— ¡Ay!

Esta pequeña estación estaba cubierta de yerbas amarillas que llegaban hasta las faldas de la colinas que estaban por todas partes. Las colinas tenían pinos en abundancia, fragantes, que se mecían suavemente en la brisa fría. Sobre la plataforma de la estación, bajo un sombrero gris cargado con un galón pesado de plata, un oficial de caballería conversaba con un moreno de la tropa. En la pequeña llanura, un nativo con una frazada roja conducía burros que cargaban una enorme cantidad de heno fresco.

El conductor volvió a gritar una contraseña al anfitrión chino y el tren renovó su ataque sobre estas cumbres extraordinarias que se interponían entre él y su victoria. Los pasajeros se prepararon. Todas las ventanas del tren estaban llenas de cabezas rematadas la mayoría con sombreros enormes. Un hombre, con un rollo de manta tan grande sobre la espalda que le hacía parecer como posta de centinela ambulante, se apoyó sobre su carga en el camino y contempló las dos máquinas. Bufando, jadeante, a trancos, se esforzaban como animales de carga con todos los músculos de acero de sus cuerpos y lentamente el tren fue arrastrado sobre esta vía inclinada.

Entró y salió por entre las cocinas, cada vez más altas. A menudo se alcanzaban a ver a lo lejos dos vías de acero, del otro lado de un peque-

ño valle profundo. Parecía increíble que diez minutos antes el tren hubiera estado ahí.

En las profundidades del valle, un riachuelo caía ruidosamente sobre las rocas. Un hombre con polvosas ropas blancas yacía dormido a la sombra de un pino.

Finalmente, el silbato del tren pegó un aullido triunfal. La cúspide —10 mil pies sobre el nivel del mar— había sido alcanzada. Comenzó una bajada sinuosa, como una especie de tobogán tremendo. El tren bordeó una y otra vez las colinas. En los valles se mostraban pequeños poblados blancos. La planta del maguey, de donde los mexicanos hacen su celebrada mezcla, hacía florecer sus hojas con punta de lanza en filas largas. Las colinas estaban cuadrículadas hasta la punta con campos oscuros. Al bajar las montañas balanceándose, el tren cruzó trece veces un mismo arroyo sobre puentes vertiginosamente altos.

De pronto, a lo lejos, dos picos elevados surgieron en el horizonte, asomándose sobre la cúspide. El capitalista casi se cae del tren. El Popocatepetl y el Iztaccihuatl, dos montañas gigantes, cubiertas de una nieve que parecía lana, destacaban contra el cielo. Se alcanzó a ver una vasta llanura verde. A esta distancia, el castillo de Chapultepec parecía una nube baja de lluvia.

En ese momento, el tren se encontraba entre largas bardas blancas, prados verdes, árboles de alta sombra. Los pasajeros empezaron a hacer sus preparativos para bajar en el momento en que el tren maniobró entre los cambios. Finalmente apareció un andén retacado de gente, un ómnibus, una docena de carros y un soldado en un uniforme que le quedaba chico. Una polvareda blanca se alzó contra el cielo. Un grillo comenzó a cantar de pronto entre algunas yerbas altas que estaban del otro lado de la vía. Los dos viajeros, con los ojos radiantes, bajaron del carro. —A-a-ah

—dijeron en un prolongado suspiro de alivio. La ciudad de los aztecas estaba en su poder.

Stephen Crane in Mexico / El autor de The Black Riders sobre peones / callejeros y vendedores. El paciente, patético burro. / Una ciudad en la que muchas cosas extrañas pasan, pero en donde, / después de todo, se consigue un Manhattan Cocktail. / (Copyright, 1895).

Ciudad de México, mayo 18.

No hace mucho tiempo, dos norteamericanos estaban en una esquina de esta ciudad observando con interés las pinturas en la pared exterior de una pulquería: fuertes hembras en vestimentas ligeras confortando un vaso rebosante, reyes fuera de toda proporción escanciaban barricas sobre hembras más recias; el todo como una masa silvestre de rojo, verde, azul, amarillo, morado, como la cortina de un auditorio en un pueblo minero.

Por la calle, a lo lejos, se hicieron visibles seis hombres con blancas camisas de algodón y pantalones rabones. Iban inclinados hacia adelante y sobre sus hombros llevaban una especie de objeto negro enorme. Se movían a un paso tambaleante.

Sin mucho interés, los dos norteamericanos se preguntaron lo que sería esa enorme cosa negra, pero la distancia los derrotaba. Sin embargo, los seis hombres se iban acercando con el mismo paso, y por fin uno de los norteamericanos pudo decir:

—Dios mío, si es un piano.

Se oyó el paso de las sandalias sobre las piedras. La tapa del piano brillaba bajo la viva luz amarilla del sol. Los seis rostros se veían serios y despreocupados bajo la carga.

Pasaron. La carga y sus portadores se fueron haciendo cada vez más pequeños. Los dos norteamericanos caminaron hacia la curva y se quedaron como espectadores interesados, has-

ta que los seis hombres y el piano terminaron expresados por una mancha leve.

Cuando uno viene a México por primera vez y ve a un burro tan cargado que sólo se le ve la nariz peluda y las cuatro patas cortas, uno se queda pensando. Después, cuando uno ve un montón de heno que se acerca y que abajo no lleva sino un par de delgadas piernas humanas, se comienza a comprender el punto de vista local. Probablemente el indio razona de esta manera: "Yo puedo cargar esto. Entonces el burro debe cargar esto mismo otras tantas veces". El burro, nacido en cautiverio, muerto en cautiverio, generación tras generación; con sus patas frágiles, con el lomo lastimado y su ridícula carita, no razona. Carga todo lo que puede, y cuando ya no puede más, se desploma.

Sin embargo, hay que dar crédito al increíble ingenio de los indios por lo que han inventado para ayudar a un burro caído. Se sabe que los aztecas contaban con muchos grandes recursos mecánicos, y sin duda esto es parte de su ciencia que se ha filtrado a lo largo de los siglos.

Cuando se desploma un burro con carga, se junta media docena de indios a su alrededor y se preparan. Luego a punta de golpes comienzan a restarle al burro los días que le quedaban de vida. También dicen groserías en mexicano. El mexicano es un lenguaje bastante apto para los propósitos de la profanación. Un buen decididor de majaderías puede hacer llover en treinta minutos.

Es gran cosa esto de oír los golpes de los garrotes y los gritos de los nativos y ver las pequeñas patas del burro trastabillar y verlo entornar los ojos. Finalmente, cuando ya lo apalearon casi hasta morir, se les ocurre de pronto que el burro no puede levantarse y le quitan la carga. Por fin, entonces, le quitan la carga y el burro, que no es mucho más grande que un gatito en el mejor de los casos, y ya descargado, débil y tambalante, batalla para levantarse.

Pero por otra parte, a veces —tal vez bajo la sombra de un viejo muro del que cuelgan algunas ramas tendidas hacia abajo— se puede ver la tierna comunicación de estos dos espíritus similares. El hombre palmea afectivamente la nariz del burro. El burro: ah, quien puede describir ese aire tan sereno, tan profundamente reflexivo, y al mismo tiempo tan amable, tan perdonador, tan complaciente. La contención del burro expresa todas las virtudes humanas del mismo modo en que el sol expresa todos los colores.

Quizás el dueño se quede dormido, y en ese caso, el burro permanece tan quieto, tan paciente, como los perros de piedra que guardaban el templo del sol.

Una extraordinaria proporción del asunto del transporte de carga de esta ciudad la realizan los peones. Los burros son los grandes medios de carga de uso común y las carretas de paja de los distritos rurales, pero no destacan en los asuntos estrictamente locales de la ciudad. También es un hecho extraño que de diez carretas que uno se encuentra en la calle, nueve son taxis y carruajes privados. El décimo puede ser una gran carreta norteamericana, propiedad de alguna de las compañías del ferrocarril. Pero lo más seguro, sin embargo, es que esa carreta sea otro taxi o carruaje.

Por lo tanto, el transporte de los bienes de la ciudad se deja en manos de los peones. Todo el tiempo se les ve trotando de un lado a otro, cargados y sin carga. Han adquirido todo tipo de recursos para distribuir la carga sobre sus hombros. El favorito consiste en pasarse una banda gruesa sobre la frente y entonces, inclinándose precariamente hacia adelante, caminan con las cargas más grandes.

Algunas veces tienen una especie de tabla con dos agarraderas en cada extremo. Por supuesto, son dos hombres los que manejan esta máquina. Es el vehículo favorito para mover muebles.

Cuando llega a sentarse un hombre que ha recorrido un camino largo con una carga pesada, si no fuera por la vara larga que lleva pasaría una agonía terrible para levantarse con la carga unida a su espalda. Planta la punta de su vara en el suelo, entre las rodillas, y luego escala por él, digámos, mano tras mano.

Sin duda, han desarrollado algo que debería llamarse el instinto de carga. Alguna vez se verá a un peón, sin carga, caminando inquieto, como si su centro de equilibrio hubiera sido desplazado lo suficiente para hacerlo parecer torpe. En ese momento parece un barco sin lastre. Pero póngale un baúl sobre la espalda y se queda tan quieto como una iglesia.

Si uno pusiera a su disposición un mecanismo con cincuenta ruedas, no lo empujaría sobre el piso. Jamás se le ocurriría hacer esto. No, se lo echaría arriba de los hombros. La mayoría de las bicicletas son ligeras, pero resultan bastante incómodas para cargarlas distancias largas. Pero si uno la manda con un peón, lo más seguro es que la cargue sobre los hombros. Rodarla sobre el suelo lo cansaría.

Pero además de los peones de la calle hay otras cosas extrañas aquí. Ayer tres ladrones robaron tres balcones de hierro del segundo piso de la fachada de una casa en la calle del Sol. La policía no agarró a los miserables. Pero ¿quién sabe cómo agarrar ladrones que se llevan balcones de hierro del segundo piso de la fachada de una casa?

Las personas involucradas directamente salieron a la calle y se aseguraron de que la casa todavía estuviera ahí. Con eso quedaron satisfechos.

Y a decir verdad, los ladrones de la ciudad son casi siempre tipos miserables que andan por ahí robándose artículos insignificantes que un digno ladrón norteamericano ni siquiera patearía. La verdad es que la ciudad de México es una de las ciudades más seguras del mundo a cual-

quier hora del día o de la noche. Sin embargo, la clase de los de pocas ambiciones y los verdaderamente inofensivos, que venden pájaros, bastones, ópalos, billetes de lotería, flores de papel y mercancía en general sobre las calles son capaces y lo suficientemente activos en el arte de la piratería como para satisfacer al intelecto ordinario.

Esos asombrosos ingenios que hacen las guías lo advierten con lucidez al viajero. Después de exhaustivas consideraciones, quien esto escribe ha podido deducir las siguientes reglas elementales, a partir de lo que ellos dicen al respecto.

I. No compren absolutamente nada en la calle.

II. Paguen la suma exacta al comprar en la calle. No te engañes a tí mismo con la idea de recibir cambio.

III. Al comprar en la calle, dividan entre diez el precio exigido por cualquier producto, y ofrezcan eso.

IV. No compren nada a los vendedores ambulantes.

No es fácil equivocarse cuando se tiene a la mano uno de estos volúmenes protectores, pero desde hace mucho la guía ha sido objeto del ridículo popular y a sus páginas no se les tiene la devoción universal que claramente se merecen. Al entrar a México, los extranjeros deberían adquirir de inmediato una guía, y si entonces no logran adquirir el conocimiento más profundo del país y de sus habitantes, pueden echarse a sí mismos la culpa de no comprender el inglés en su forma más pura. En este momento hay turistas en el hotel que sólo llevan dos días en la ciudad, pero quienes, ahora, ya se han dedicado con tal devoción a sus guías que son capaces de dibujar mapas de cómo era la ciudad antes del diluvio.

Nunca es justo condenar a una clase, y volviendo a los vendedores callejeros, es justo consignar un ejemplo extraordinario de la gentileza, humanidad y la gran capacidad de misericor-

día en uno de ellos. Cierta tarde, una dama norteamericana estaba caminando en un parque público cuando vio a un vendedor con cuatro pajaritos de plumas de colores aciruelados descansando tranquila y pacíficamente sobre su mano morosa.

—Ay, mira esos hermosos pajaritos —dijo la dama a su acompañante—. ¡Qué amaestrados están!

El acompañante también se quedó admirado y perplejo y se acercaron a los pajaritos. Observaron su expresión de felicidad y calma y el amor con el que veían la cara de su propietario.

La dama compró dos de estos pájaros, a pesar de que no quería destrozar sus pequeños corazones al separarlos de su amo.

Al llegar ella a su cuarto cerró la puerta y las ventanas, y después se acercó a la frágil jaula y sacó una de las mascotas, porque ella también quería ganarse su afecto y enseñarlos a estarse parados sobre su dedo.

El pajarito que sacó la mujer hizo un esfuerzo desesperado por sostenerse en su dedo, pero de pronto resbaló y cayó al suelo haciendo un sonido parecido al de una bolsa de frijoles mojados.

El cariñoso vendedor había llenado a sus pájaros con perdigones. De ahí su semblante feliz y calmado y la resolución aparente de nunca abandonar a su amo.

Los dos pajaritos murieron en una hora. Uno también moriría si tuviera el estómago lleno de perdigones.

Los vendedores de ópalos son particularmente seductores. Pulen sus piedras y las hierven en aceite, y hacen todo para darles una calidad falsa. Cuando se aparecen por las tardes y desdoblán un cuadro de papel negro, mostrando un pequeño grupo de piedras que brillan con verdes y rojos intensos, resulta bastante desalentador saber que si uno los compra va a salir estafado.

El otro día, desdoblando un fistol de brillantez maravillosa, un vendedor se acercó a un turista.

—¿Cuánto? —exigió este último.

—Doce dólares —contestó el vendedor—. ¡Barato! ¡Muy barato! Sólo doce dólares.

El turista vio la piedra y después dijo:

—¡Doce dólares! ¡No! Un dólar.

—Sí, sí —gritó ansioso el vendedor—. ¡Un dólar! Sí, sí; se la doy por un dólar. ¡Llévesela!

Pero el turista se rió y siguió caminando.

Sin embargo, el hecho es que los hoteles, los restaurantes y los taxis son absolutamente baratos y buenos casi siempre. Si un hombre consulta a algún comerciante con cierta fama para adquirir objetos mexicanos, y cada día le dedica un número apropiado de horas al estudio de las guías, la ciudad de México es un lugar de gloria. El clima rara vez es caliente y rara vez es frío. Y para esos caballeros que vienen de Estados Unidos cuyas mentes tienen cierta cualidad líquida, sólo hace falta decir que si salen a la calle y gritan: "¡Dénme un Manhattan!", unos cuarenta cantineros norteamericanos aparecerán de inmediato diciendo: "Sí, señor".

En el México de la plata libre / La manera en que afecta el patrón del metal blanco / los salarios y la vida / Se discurre un asunto importante. / Stephen Crane descubre que el doble de / muchos dólares sonantes / no sirven para comprar el doble de / las cosas. / (Copyright, 1895, Bachelier, Johnson & Bachelier).

En el México de la plata libre

Ciudad de México, junio 29.

México es un país de plata libre. Cuando los viajeros de Estados Unidos llegan a Laredo, o a Eagle Pass, o a El Paso, claro: cambian su moneda americana por la de México. En lugar de los

billetes verdes de Estados Unidos reciben el certificado bastante llamativo de México. Por la plata del águila norteamericana reciben dólares que tienen grabados el águila, la serpiente y el nopal de esta morena república del sur. Esto los hace sentirse muy ricos. La tasa de cambio siempre está a dos por uno. Por cincuenta dólares norteamericanos reciben cien dólares de México. Es una cosa sensacional duplicar el dinero de esta manera. Es fácil que el turista norteamericano traiga metida la mano en la bolsa y que haga sonar su hato.

Sin embargo, cuando el turista aborda el pullman para llegar a la ciudad de México descubre que el precio se ha convertido en nueve dólares en moneda mexicana, en lugar del normal y esperado \$4.50. El viajero descubre que no ha ganado nada. Pero su decepción es aún más grande cuando aprende que la propina acostumbrada de un maletero es ahora de cincuenta centavos, en lugar del casi universal cuarto de dólar. Exclama que hasta ahí no ha visto ningún beneficio en el cambio de su dinero.

Los norteamericanos que ganan un salario en la ciudad de México continuamente están diciendo que ellos serían dichosos si no más les pagaran en moneda norteamericana y la pudieran gastar en dinero mexicano. Un dólar mexicano es bueno para comprar cosas, con tal de que esas cosas no sean importadas. Ahí está el problema. Los carros pullman, los maleteros y una multitud de otras cosas que serán enumeradas más adelante son muy caras.

Si un joven empleado mexicano, que gana, por ejemplo, un sueldo de \$60 mensuales, y quien, a pesar de ello, se cree muchísimo, como suele suceder con todos los empleados jóvenes; si este joven empleado desea adquirir un traje a la altura de su propia estima, tendrá que pagar algo más que un mes de sueldo para hacerlo. Si quiere comprar un buen par de pantalones, tiene que

pagar unos \$15. Los sombreros cuestan alrededor de \$10. Una corbata —una común y corriente— sale a \$1. Un cuello sale en 35 centavos. La mejor marca cuesta 50 centavos. Un buen par de puños de camisa se puede obtener a cambio de 60 centavos. Los zapatos, que ordinariamente son de muy mala calidad, cuestan de \$8 a \$20. Los empleados jóvenes no se vuelven grandes galanes en México.

Hay que señalar que los hombres mejor vestidos de México no están tan bien vestidos como los hombres de una multitud común y corriente de Nueva York. Claro, uno esperaría que los estilos fueran viejos, pero entonces hay que observar cierta falta de calidad en las ropas, cierta fragilidad en los zapatos, como también en los sombreros, cualquier cosa se usa en México.

En México no usan zapatos las clases más bajas. Parecen estar satisfechos con sus huarches pero si uno de ellos se pusiera a ahorrar su dinero para comprarse un par de zapatos, se tardaría diez años en juntar la cantidad necesaria. Es decir, pagándole los salarios acostumbrados en México.

Si un hombre quiere ver bien vestidas a su esposa y a sus hijas a la última moda en México, esto le cuesta un dineral. En las manos de un mexicano de la clase media no está comprar vestidos para la parte femenina de la familia, como lo podría hacer un norteamericano de la clase media. Quebraría en muy poco tiempo.

Rasurarse en una ciudad mexicana sale en 25 centavos. Sin embargo, hay un punto fundamental en el que los mexicanos nos llevan la delantera. Los cockteles se venden dos por un cuarto de dolar mexicano. Todas las buenas marcas de whisky cuestan lo mismo. Reducido al promedio norteamericano, esto está a 6 centavos y cuarto por cocktel o por whisky. La cerveza se vende a 10 centavos el vaso —en términos norteamericanos, a 5 centavos el vaso. La cerveza no

es importada, pero el whisky llega directo de Estados Unidos y de Canadá. Más aún, el whisky es más barato en Oaxaca o en Tehuantepec que en Kentucky. Hay un gran número de inmigrantes de Kentucky en México que no anhelan volver a la casas de sus padres, como podría esperarse en un verdadero hijo del estado del *blue-grass*.

En México las tarifas de ferrocarril están tasadas al doble de la milla que en Estados Unidos. Es decir que, reducidas a una base común, son equivalentes. Así, la duplicación de las tarifas no afectará al turista de Estados Unidos, porque éste piensa en moneda norteamericana, pero esto causa estragos en el ciudadano mexicano, que gana su dinero en la moneda de México. Los trenes de pasajeros de estos ferrocarriles llevan carros de primera, segunda y tercera clase. Se pueden hallar personas muy bien educadas y sensibles en el carro de segunda clase. En cuanto al pullman, éste es el refugio de los norteamericanos y del mexicano más elevado, acaso sólo de los muy bien parados y los más ricos. A lo mejor se debió mencionar antes en este artículo que las clases más bajas pueden comprar pulque, la bebida local, a razón de 3 centavos por vaso. Cinco vasos suelen ser suficientes para tumbar al suelo al ciudadano promedio de la república, de modo que por 15 centavos —7 centavos y medio en nuestra moneda— se puede poner gritón, tambaleante y abusivo.

El autor de este artículo no debe pasmarse de admiración ante las facilidades anteriores para la borrachera. Tan sólo se limita a decir los hechos. Es una condición nacional, de la cual él no es responsable.

En México el precio de los alimentos preparados es más o menos el mismo que en Estados Unidos, cuando se les reduce a su base común. Si uno va a un restorán norteamericano en México, sale más o menos saqueado, pero no es importante. Los mismos mexicanos viven con

poco. Sin embargo, no tienen ni una octava parte de las condiciones y lujos que se encuentran en una pequeña casa común y corriente norteamericana. Comparadas con la vida doméstica norteamericana, sus vidas hogareñas son parcas y limitadas.

El obrero mexicano gana de 1 real —6 centavos y cuarto en moneda norteamericana— a 4 reales —25 centavos— diarios. Vive principalmente de *frijoles*, que son *beans*. Su vestimenta es de camisa de algodón, pantalones de algodón, huachas de cuero y un sombrero de paja. Para ganar su sueldo tiene que trabajar como caballo.

Una borrachera de pulque es fuerte / Un país en el que una bebida colma / la visión de serpientes marinas. / Stephen Crane / escribe los horrores del pulque y registra unos / cuantos juramentos elocuentes / La ebriedad / en la Ciudad de México.

Una borrachera de pulque es fuerte

Ciudad de México, agosto 4, 1895.

Lo primero que tiene que hacer un turista curioso en este país es tomar la bebida nacional, el pulque. Lo segundo que tiene que hacer el turista curioso es dejar de tomar pulque. Sin embargo, esta última recomendación no hay que hacerla a nadie. En este caso la inclinación humana actúa automáticamente, por así decirlo. Si el gran borracho de las tragedias levantara su mano derecha y jurara solemnemente no volver a probar una gota del embriagador pulque en toda su vida — ¡idios mío!— se pondría en ridículo. Eso sería demasiado fácil. ¿Por qué habría un hombre de probar una sola gota de pulque después de haberse topado con él?

Pero esto no tiene nada que ver con los mexicanos. Esto es para el extranjero que trae consigo numerosas supersticiones y tradiciones raciales, fundamentales, relativas a los aromas.

Para el extranjero, la sólo cercanía de un vaso de pulque es suficiente para que lo agarre de los pelos y lo tire con violencia al suelo.

El pulque parece leche verde. El hombre común y corriente nunca ha visto leche verde, pero si puede imaginar un puñado de verdes de París metidos en un vaso de crema, tendrá una idea clara de la apariencia del pulque. Y sabe como —esto sabe como— tal vez a una mezcla terrible de mala levadura. O a lo mejor a una calamidad de huevos.

Hay que tener en mente que esta es la opinión de un extranjero. Hasta donde llega el antagonismo del estómago humano, no puede haber ninguna duda de que el pulque guarda más o menos la misma relación hacia el sentido no iniciado que la cerveza norteamericana o la cerveza de cualquier parte. Pero el primer encuentro es una revelación. Uno entiende que la educación es todo, hasta los filósofos lo dicen, y que si sólo las circunstancias hubieran sido diferentes todos estaríamos comiendo sandwiches de felpa.

Para el mexicano, el pulque es un delirio de alegría. Las clases bajas sueñan en pulque. Hay pulquerías en todas las esquinas de algunos barrios de la ciudad. Y, formados en la barra a la manera convencional, a toda hora se puede ver a los nativos gritando frases sedientas a los encargados. Por lo general, estas pulquerías están decoradas por dentro y por fuera con verdaderas pinturas antiguas hechas en las paredes por la mano de algún criminal desconocido. Mirando las paredes pálidas de las calles, uno se sorprende en todas las esquinas ante estas espeluznantes interjecciones súbitas de pulque verde, rojo, azul, amarillo. El pulque se sirve en pequeños cubiletes de barro hechos en miniatura, precisamente como uno de los famosos jarrones de oriente.

El nativo se puede poner gritón por cualquier cantidad de dinero entre los doce y los veinte centavos. Doce centavos son el equivalen-

te a seis centavos en moneda americana. Muchos hombres de célebre sed en Nueva York considerarían esto como una condición ampliamente ideal. Sin embargo, seis centavos para el indio representan algo. A menos que ande cerca un norteamericano para asaltarlo, el indio está obligado a robar de un modo bastante salvaje por el dinero de su pulque. Cuando lo consigue está feliz y ningún repartidor de hielo metropolitano que beba ha trazado mejor recta que la trazada por el indio al dirigirse a uno de los estridentes establecimientos. Al mismo tiempo, la multitud de pulquerías están obligadas a pagar impuestos muy elevados, y la cantidad total de sus pagos al gobierno es casi increíble. El indio, con su camisa y sus pantalones sucios, con su sombrero harapiento, sus huaraches olanzudos, con su cara estólida, en este sentido es del mismo tipo al que es familiar en todas partes, el mismo prisionero, la misma víctima.

Al pasar por casi cualquier parte de este alto país, se van dejando atrás acres tras acres, milla tras milla, de plantas "siglo" acomodadas en hileras que siempre se juntan hacia el horizonte, ya sea al filo vago de un enorme llano o en la cumbre de una montaña áspera y escarpada. Uno se pregunta sobre la inmensidad de esto. Las haciendas tienen sus miles de acres sembrados de puros magueyes o, como los llaman los norteamericanos, de plantas "siglo". La tierra es sometida a un tremendo molde, los magueyes en largas perspectivas avasallantes.

En fin, los nativos sacan el pulque de estas plantas.

El pulque es el jugo que se saca del corazón del maguey y al que se le permite fermentar por un día. Después de ese tiempo, se debe consumir en las próximas veinticuatro horas o se vuelve completamente inútil. Los ferrocarriles que corren por los principales distritos del maguey operan rápidos trenes de pulque mañaneros, del mis-

mo modo en que los caminos que corren al través de Orange Co., N.Y., operan trenes de leche mañaneros hacia Nueva York. De los depósitos pasa a carretas y sobre la espalda de los mozos a las innumerables cantinas y de ahí entregado al público.

El mezcal y el tequila son dos rivales nativos del pulque. El mezcal es una especie de primo del whisky, aunque a simple vista es tan claro como el agua, y el tequila es al mezcal lo que el brandy al whisky. Los dos son arrancados al corazón del maguey. En una parte baja del país en la que no se puede producir el pulque, los nativos usan mezcal, ya que esta bebida, claro, es capaz de realizar viajes largos, aunque el nativo generalmente prefiere el pulque cuando puede conseguirlo.

Los efectos del pulque vistos en los nativos no parecen ser tan pirotécnicos y clamorosos como son los efectos de ciertas otras bebidas en los ciudadanos de ciertos otros países. Rebosado de pulque, el nativo rara vez desea pelear. Por lo general prefiere adorar a sus amigos. Se quedan juntos frente a la barra, tres o cuatro de ellos. Doblándoseles las piernas, con los brazos puestos sobre las nuca de los otros, con las caras encendidas con la expresión del afecto más ideal y el supremo respeto fraternal. Sería difícil dejar una impresión en sus sentimientos en esos momentos aún dándoles de garrotazos. Sus almas todas están completamente absorbidas en esta beatífica ternura fraterna.

Sin embargo, existen ciertas mezclas, ciertas combinaciones, que invariablmenete crean problemas. Si el nativo mezcla su pulque de a tres centavos el vaso con algo de ese fuerte brandy local, lo más seguro es que haya un zafarrancho monstruoso con una leve o nula provocación. En Santa Anita, en las afueras, que es un refugio en el canal de la Viga para las clases superiores, cada semana solía haber una ceremonia que era

del mismo tiempo que el asesinato de la noche de los domingos en los viejos días de Mulberry Bend. Y era porque los nativos mezclaban sus bebidas.

El vestido del México viejo / Stephen Crane escribe sobre sombreros sorprendentes / Camisas y espuelas / El enorme sombrero de los mexicanos / Ideas norteamericanas e inglesas lentamente / Llegan a la gente de la ciudad / El color sigue siendo supremo / en el campo. / (Al pie de este artículo está Copyright, 1896).

El vestido del México viejo

El sombrero es la fuerza principal del galán mexicano. En estos deslumbrantes sombreros el caballero mexicano a la moda gasta frecuentemente \$50 o hasta cien dólares. Y estas masas espléndidas de bordado de oro y paño gris perla rematan la cabeza promedio masculina con el mismo valor artístico que una pequeña torre de ladrillos. En primer lugar, el verdadero mexicano usa los pantalones muy apretados en las piernas, y como sus piernas siempre son cortas y flacas, se produce un efecto de inestabilidad. Cuando uno lo ve coronado por uno de esos sombreros enormes, puntiagudos, piensa que se va a caer en la primera ocasión.

Este mismo caballero puede gastar una buena cantidad en espuelas. En las tiendas de la ciudad de México se venden espuelas de plata que pesan cada una un par de libras — objetos inmensos que más parecen trampas para rinocerontes que espuelas para mandar sobre un caballo—. También, cuando cabalga en el campo, puede llevar un par de fundas de pistola elegantemente decoradas. Una doble fila de botones de plata se extiende en cada pierna de sus pantalones estrechos y es más que probable que su chaqueta corta tenga encajes por todos lados. Después de todo, estará sentado sobre una silla de montar que

el sultán de mil turcos jamás se atrevería a usar como un banquillo. Montado entonces en un corcel que procede a paso corto, contenido, por una avenida llena de carruajes a la moda, él, con su completo bigote negro, y con su mirada vagamente siniestra, es el tipo verdadero del *caballero* mexicano.

Pero por otra parte, el verdadero estilo mexicano ha sido combatido sutilmente durante años por las ideas de Estados Unidos y de Europa, que han llegado al país. En los distritos rurales el caballero sigue siendo supremo, pero en las ciudades más grandes y en la capital los hombres con mayores riquezas y propiedades siempre se parecen al tipo norteamericano del hombre de negocios común y corriente. La generación más joven, que son de la mentalidad que todavía se preocupa del vestido, estudia con mucha diligencia las modas de Nueva York y de Londres.

Aquí comienza el conflicto entre el santo credo londinense de lo que es correcto y un amor inato del adorno personal llamativo. Chocan y su choque se alcanza a oír por millas. La gran distancia que recorren estos preceptos también confunde las cosas.

Este es un intento de enumeración típica:

I. Una corbata negra, un cuello blanco alto, un botón de ópalo verde sobre una camisa de seda roja.

II. Puños de fino encaje, una pechera de mejor tela que cae en una hermosa cascada sobre el pecho con discretos bordes negros.

III. Cuatro hombres en traje de noche a las 10:30 a.m.

IV. Una camisa de rayas verdes de dos pulgadas de ancho y corbata roja.

V. Una corbata de seda china azul, cuyos cabos llegan a la cintura.

Los efectos se ven de vez en cuando. No sería razonable pelearse con ellos o mirarlos despectivamente. El primer joven tiene todo el de-

recho de usar su camisa roja si no le quema. Sin duda le parece decorativa y confortable. A lo mejor sus hermanas piensan que la camisa es admirable y quizás alguna *señorita* de ojos destellantes cree que no hay nada más atractivo que ese triángulo rojo que destaca por encima de las solapas de su saco. Nunca es bueno burlarse de las modas de otro pueblo porque nosotros mismo no tenemos idea de lo que estamos haciendo. Dentro de dos años, Nueva York podría incendiarse por completo de camisas rojas.—los vientres sangrientos pueden destellar en el aire como linternas.

En los paseos por la calle, ocasionalmente se puede observar el desarrollo final de la tela a cuadros inglesa. Es sorprendente hasta dónde puede llevar un hombre su pasión cuando se propone sinceramente tener un traje a cuadros. Aquí hay trajes de este tipo que la luz del sol del país arroja una sombra cuadrículada sobre el pavimento. Por lo general se ven en hombres de clase media baja, que los guardan para los paseos vespertinos. Recuerdo muy bien las sombras de unas ventanas sobre una tienda en la parte alta de Broadway que creía que exhibían los cuadros más devastadores del universo.

Pues no.

Pero por encima de todo, el lector debe recordar que la gran masa de gente en la principal calle comercial de la ciudad de México se viste más o menos igual que en otras partes. Tal vez haya una poca más de variedad y por supuesto se interpolan los indios, que son completamente distintos. Pero en términos generales hay una gran similitud. Las calles no resplandecen. Si se desea resplandecer hay que meterse a las calles que habitan los indios.

El indio se conserva como la única figura artística. Pero el indio con su sarape, con sus pantalones de algodón, sus huaraches empolvados de los cuales asoman los dedos descubiertos

y su sombrero viejo inclinado sobre los ojos, es un hombre fascinante.

Ya sea que esta manta sea púrpura o de algún color pálido, se acomoda sobre el pasto, las bajas bardas blancas, el cielo azul, como si su objeto fuera no tanto hacerse de algunos centavos sino componer la pintura.

En la noche, cuando se acurrucan en un portal con el sombrero tirado más sobre los ojos, y la boca cubierta por un pliegue de su sarape, uno se puede imaginar cualquier cosa sobre él porque su verdadero carácter es impenetrable. Es una figura mística y callada de la oscuridad.

Tiene dos grandes creencias. Una es la de que el pulque es más fino como bebida que el azul líquido del cielo. La otra es que los norteamericanos son ricos eternamente e inmortalmente estúpidos. Si el mundo fuera de verdad del tamaño que él cree que tiene, uno le podría echar el sombrero encima.

Las calles principales de esta ciudad

Ciudad de México.

Las calles principales de esta ciudad no conservan la estridencia uniforme que caracteriza la vida cotidiana de las vías importantes en las ciudades del norte. Su vida comienza a una hora temprana y dura hasta casi el mediodía. De ahí sigue un período de reposo. Se ve poca gente en las banquetas y acaso un carro obstruye el asfalto del amarillo brillante de la luz del sol sobre el pavimento de la calle. Como a las 3:30, sin embargo, hay un despertar. Los carruajes surgen de todas direcciones. Las aceras de pronto se llenan de gente y de esa hora hasta las 9.00 las calles son un movimiento con carruajes deslumbrantes, choferes ensombrerados, caballos orgullosos. En las banquetas se agolpa una portentosa reunión de jóvenes que ve pasar a los ocupantes de los vehículos. La luz parpadeante de la moderna lám-

para eléctrica ilumina las viejas decoraciones hermosas de los edificios y destaca por encima de todo el taconeo de las innumerables herraduras sobre el concreto de las calles estrechas.

O a lo mejor en lugar del período de la luz brillante acomete una lluvia suave y repentina, con los vientos premonitorios, la frialdad atmosférica, las nubes bajas de azul intenso, el trueno estremecedor de una lluvia de primavera en el norte. Entonces tan pronto como termina la lluvia, como si fueran alguna especie de escarabajos que se reúnen, los carruajes vuelven a salir. En los parques, el verde intenso del follaje se oscurece con las sombras de la noche.

El término "estación de lluvias" sólo significa en la ciudad de México que a cierta hora todas las tardes se puede esperar un aguacero que durará una hora o más. Es casi tan regular como el día y la noche y sólo hay que organizar las cosas de acuerdo a ésto. Durante el invierno, el clima es inamoviblemente calmado. Cada día es la contraparte del día anterior. Se pueden planear días de campo con semanas de anticipación y estar seguros del clima. Es precisamente como el clima que tenemos en el norte a finales de primavera.

Esto le impide a las muchachas guapas de la ciudad la oportunidad de explotar esas capas enormes que hacen parecer a todas las mujeres como un barco con el velamen desplegado contra el viento. Las capas las sofocarían. Pero aún así pueden usar bonetes de pascua todo el tiempo. De hecho, siempre se pueden ver en las calles esos frescos y encantadores tocados que nosotros asociamos con el nuevo florecimiento de la femineidad en la primavera.

Por lo regular la mujer mexicana es hermosa pero parece faltarle esa cualidad que vuelve tan adorables al sexo contemplativo los brillantes ojos fugaces de algunas muchachas. Esto tiene algo que ver con la mente, sin duda. Sus ojos

negros son tan hermosos como las joyas. Sin embargo, el problema con la joya es que no te puede mirar con inteligencia, comprensión y simpatía repentinas. Las muchachas tienen suaves mejillas redondeadas que polveen sin mucha habilidad, dejándolas disparejas a veces. Toman la vida de una manera sencilla, ensoñadora. Recuerdan gatitos dormidos al sol.

El que es ajeno a la ciudad se interesa de inmediato en la arquitectura de los edificios. No son ruinas y sin embargo poseen la dignidad de las ruinas. Probablemente no haya una sola estructura en la ciudad con el carácter de aquella que erigiría un hombre del norte. Viéndolas como un conjunto, son de dos pisos y planas con ventanas pesadamente cargadas de barrotes desde las cuales la *señorita* puede mirar la calle. Sin embargo, en la parte principal de la ciudad hay innumerables casas antiguas espléndidas con grandes jardines sombreados y decorados simples y severos que deben ser un eco del talento de los aztecas. No hay en ellas nada de moderno. Nunca son incoherentes, nunca exageradas. La ornamentación siempre es parte de la estructura. Ahí crece. No ha sido enalichada desde cierta distancia. Las galerías recovequean los costados de los patios callados y sombreados.

No obstante el comercio ha declarado una larga guerra sobre estas estructuras y un gran número de ellas ha sucumbido. Hay letreros fijados en sus exteriores y los viejos jardines son cedidos al gentil murmullo de los negocios mexicanos. No es inusual que las oficinas de una agencia comercial o de un vendedor de lo que sea estén instaladas en un edificio que alguna vez fue el palacio de algún mexicano notable, y los portones, las amplias escaleras, las galerías inmensas se han convertido en esta extraña evolución en algo tan familiar para los mensajeros y los peones como acaso alguna vez los fueron para generales y hom-

bres de estado. El viejo palacio del emperador Iturbide es hoy un hotel sobrecargado de turistas norteamericanos. El Ferrocarril Nacional Mexicano tiene sus oficinas generales en un edificio que fue el palacio de un antiguo gobernador de la ciudad y el American Club posee la mejor casa club porque tiene bajo su jurisdicción el control de un hermoso palacio antiguo.

Hay un cierto rasgo norteamericano en la principal parte comercial de la ciudad. Hombres de rostros innegablemente de la Nueva Inglaterra los ve uno constantemente. Muchas veces los letreros comerciales son norteamericanos y hay un pequeño grupo de cafés en los que todo, desde los mandiles de los meseros hasta los líquidos que se sirven, es norteamericano. En este barrio se oye más el inglés que el español. Hasta los comercios locales han cambiado bajo esta influencia e intentado atraer a la moneda norteamericana. "American Barber-Shop", "The American Tailor", "American Restaurant", son carteles que halagan la vista del turista. No hay nada tan universal como la reputación de los norteamericanos en cuanto a su habilidad para gastar dinero. No hay duda de que los zulus al ver llegar a un ciudadano norteamericano empezarán a extender sobre el suelo todo tipo de trampas.

Sin embargo hay una especie de ajuste final. Hay un norteamericano que maneja un carrusel en uno de los parques de la ciudad. Es el aparato de costumbre con una orquestación catteral y una rueda de carneros, ponis y jirafas de madera. Pero todo el tiempo su máquina está rodeada de nativos fascinados y hace dinero a cubetadas. También el circo, que la verdad es que es una organización más verosímil que cualquiera de las que vemos en Estados Unidos, está lleno todas las noches. Es un circo pequeño. No busca tener actos simultáneos en cincuenta y nueve pistas pero todo es de primera calidad y la gente de circo norteamericana es famosa entre el

populacho, pero sólo después de los más adorados toreros.

Los toreros, por cierto, son los tipos más impresionantes que se pueden ver en las calles. Hay cierta uniformidad en su vestuario. Usan sombreros que son planos en la parte superior y glaceados como los de los marineros hace muchos años y pequeñas chaquetillas. Siempre están bien afeitados y los labios, en donde yace la revelación del carácter, se pueden estudiar fácilmente. Caminan con confianza, orgullosos, con una magnífica prestancia. La gente se voltea a verlos. En sus rostros hay algo frío, siniestro, inmisericorde. También ahí hay una historia, una historia de acción feroz, de riesgo, de escape. Sin embargo uno se da cuenta, lo nota sin necesidad de aviso, de que se está viendo a un verdugo, a una especie de asesino moral.

Los rostros de los sacerdotes quizá sean más portentosos, porque los rasgos de los toreros son obvios mientras que los de los sacerdotes son inescrutables.

El canal de la Viga

Ciudad de México.

El canal de la Viga conduce a los jardines flotantes. El canal es un canal verdadero pero los jardines flotantes no son jardines flotantes del todo. Tomamos un taxi y sacudimos la osamenta sobre el empedrado de las calles en las que innumerables nativos con sarape y sombrero se juntaban en las pulquerías, también innumerables. Peones morenos en camisas y pantalones de manta trotaban junto al taxi, moviendo grandes cargas con una extraña facilidad. Las mujeres, sentadas sobre la banqueta con sus bebés, miraban el retumbar de las llantas. Había rastros del rojo y púrpura de la ropa de la gente contra el fondo blanco y amarillo de las casas bajas de adobe. En el fresco aire de la tarde surgían los

gritos estridentes de los vendedores de melones, santos, flores.

En el canal hubo un feroz asalto repentino de los lancheros que fue como la carga de una infantería desesperada. A sus espaldas, las lanchas se apretujaban en el muelle y el canal estaba tranquilo en donde, sobre la otra orilla, largas hojas de hierba flojas se reclinaban sobre las aguas como cosas bamboleantes. El taxista hizo un alto en la pulquería para echarse un trago antes de regresar.

Los lancheros urgían, suplicaban, apelaban. No podía haber habido mayor clamor en torno a los pies de los dioses morenos de México. Casi lloraban; se impacientaban en un éxtasis de espera comercial. Se golpeaban sobre el pecho descubierta y cada quien juraba que era el mejor lanchero de la Viga. Por encima de sus gritos se levantó el tintineo de la campana de un tranvía cuando el chofer azuzó sus mulas rumbo a la ciudad.

El lanchero afortunado literalmente temblaba en sus ansias de meter su embarcación al canal antes de que su carga cambiara de opinión. Empujó frenéticamente con su pértiga y la lancha, construida precisamente como lo que nosotros llamamos chalana, se empezó a mover.

Arboles enormes se alineaban en la orilla. Los tranvías pequeños rara vez aseados pasaban y pasaban. A lo lejos, sobre las aguas cristalinas en las que se trazaba el detalle del follaje, se alcanzaban a ver numerosos lancheros, erguidos en la popa de su embarcación, inclinándose y moviéndose rítmicamente, punzando el fondo con largas varas. De la parte posterior de la esquina de un muro de jardín surgió de pronto el Popocatepetl, alzándose contra el cielo, un gran cono de color cremoso en el glamur del sol. Después siguió el Iztaccihuatl, la mujer blanca, de forma curiosa, más camello que mujer, confundida su cúspide con las nubes. Una planicie de un verde

intenso se extendía hacia ellos. Del otro lado del canal, a la sombra de un gran árbol, un gendarme montado estaba inamovible y contemplativo.

Una canoa pequeña, hecha con el tronco de un solo árbol y más estrecha que un ataúd, se acercó y la india en la proa abogó por la compra de *tamales* mientras en la popa un joven alto con escasa ropa impulsaba con una pértiga la canoa manteniéndola a la misma velocidad de la balsa más grande.

A veces había carreras. Reposando bajo los doseles de madera de sus lanchas, la gente gritaba a sus lanqueros. "¡Rápido! Si le ganas a esa lancha que va adelante te doy otro real." Las lacónicas frases en español, favorecidas a veces con gestos suaves, siempre se alcanzaban a escuchar. Y bajo el ímpetu de estas ofertas los lanqueros batallaban con fuerza, pateando con sus sandalias conforme rebasaban las lanchas.

A veces se daban colisiones inofensivas. Estos lanqueros, engegucidos en apariencia por el futuro aumento en recompensa, a veces empujaban como locos y se estrellaban con las lanchas de adelante. Surgía entonces el fervor de las maldiciones mexicanas.

Con todo, sin embargo, eran bastante hábiles manejando sus viejas cajas de madera mejor de lo que cualquier habría esperado. Y ciertamente algunos eran lo suficientemente inteligentes para ejecutar los actos más heroicos y ganar más paga cuando en realidad no arriegaban nada.

En el pequeño poblado de Santa Anita desembarcó todo el mundo. Había una ruidosa multitud frente a las pulquerías. Sarapes de colores vivos encendían el efecto causado por las modestas y muy económicas ropas de manta de la mayoría de la gente. En medio de este estruendo, calladamente estaban sentados tres gendarmes montados, con sus sables colgando de sus fundas, con sus caballos que atendían con las orejas a la multitud.

Niñas indígenas con los brazos descubiertos ofrecían flores a la venta, flores de colores llamativos en ramos y ramilletes. Los *caballeros*, en busca de algún festejo, o parranda, caminaban con estas flores encendidas de la parte sur de la ciudad que les servían como filete a sus sombreros. Bajo los techos de cañas de las pulquerías otras niñas indígenas servían la peculiar bebida a los parroquianos y pasaban y bromeaban con ellos en el estilo universal. En la estrecha calle que salía al canal la multitud avanzaba hilarante mientras que a los lados se alzaban los gritos no atendidos de una multitud de pordioseros, de vendedores decrepitos de todo tipo. En medio de las hormigueantes pulquerías, posadas y jardines había una pequeña iglesia blanca, severa, desaprobando, en representación de la otra aspiración fundamental de la humanidad, un reproche y una advertencia. Se alcanzó a oír la risa aterradora de una muchacha en el columpio cuando su enamorado la meció hacia lo alto, de modo que por un momento ella se vio con su agitado vestido azul y sus rizos revueltos sobre una cerca de altos cactus.

Un policía reconvenía con un caballero bamboleante que quería besar a una mesera en una pulquería. Un lanquero, gimiendo amargamente, iba con paso inseguro tras algunos jóvenes latosos que habían olvidado pagarle. Cuatro hombres sentados alrededor de una mesa se reían a carcajadas del cuento de un quinto hombre. Tres ancianas indígenas con los hombros descubiertos y con los rostros caóticamente arrugados, agachadas sobre el piso de tierra de una cantina, observaban a la multitud. Pequeños pordioseros suplicaban a todo el mundo. "¡Niña! ¡Niña! ¡Deme un centavo!"

Por encima de las formidables colinas apareció al occidente un largo brillo de carmesí, púrpura, anaranjado, colores tremendo que con los cambios del atardecer maniobraron en el cie-

lo como ejércitos. De pronto despertó la iglesita y su campana repicó con persistencia, ásperamente y con una rapidez increíble. La gente comenzó a regresar lentamente hacia el canal.

Conseguimos a dos músicos locales, un violinista y un guitarrista, y nos los llevamos en nuestra lancha. Las sombras de los árboles se volvieron más portentosas sobre las aguas. Hacia el sureste, las dos cumbres eran tenues figuras espectrales sobre el cielo. Imitaban formas de neblina plateada en el azul profundo de ese cielo. El lancharo encendió la llama de una pequeña linterna cuadrada y la colocó en el piso de la lancha. Los músicos ejecutaron algunos acordes preliminares y conversaron sobre la cosa de ponerse en tono.

Altos árboles de alguna variedad del álamo y que siempre parecen lúgubres ciruelos, manchoneaban la planicie hacia el occidente, y como ahí se desvanecía el estruendo de los colores en un rosa sutil, sus solemnes perfiles negros se interponían como rejas al rosa y a la palidez natural. Un viento fresco y fragante, reminisciente de flores y hierbas y lagos, surgió de esas sombras místicas, de los lugares en donde se habían desvanecido los dos picos plateados. El lancharo detuvo su pértiga bajo el brazo mientras liaba tranquilamente un cigarrillo.

Los músicos tocaban soporíferamente. No queríamos oír demasiado bien. Era mejor recostarse y contemplar la salida de las estrellas y dejar que la música fuera sólo una historia del pasado, un recital proveniente de las posesiones de la memoria, una invocación de otras canciones, de otras noches. Porque después de todo, lo importante de estos tiempos soñadores para el que va de un lugar a otro es que ellos le hablan con voces emocionadas y tiernas acerca de su propio pasado. El resplandor amarillo de la linterna a los pies del lancharo convertía su sombra negra en algo estremecedor que coléricamente se nos

aproximaba. Un grito escalofriante surgió repentinamente de la oscuridad. Por poco se daba una colisión. En el azul aterciopelado del cielo, las estrellas se habían reunido por millones.

Por encima de todas las cosas

Ciudad de México.

Por encima de todas las cosas, el extranjero encuentra que las ocupaciones de pueblos extranjeros son triviales e inconsecuentes. El entendimiento común y corriente fracasa por completo cuando quiere entender el nuevo punto de vista y que tal y tal persona debía estar satisfecha con cargar bultos o quizá con sentarse y reflexionar bajo el sol durante toda su vida en este lejano país parece una cosa estúpida. El visitante siente resentimiento. Se enorgullece con el conocimiento de su experiencia geográfica. "Qué intrascendente es la vida de este pueblo", señala, "y qué increíble ignorancia que no se den cuenta de su intrascendencia". Esta es la arrogancia de un hombre que no ha resuelto ni descubierto su propia intrascendencia presente.

Aún así, de hecho, hace falta sabiduría para ver a una mujer mestiza con un vestido de una sola pieza y recargada desganadamente en la puerta de una casucha de adobe mientras un niño moreno se tiende desnudo sobre el estómago en el polvo del camino; hace falta sabiduría para ver esta cosa y para verla un millón de veces y aún así decir: "Sí, esto es importante para el esquema de la naturaleza. Esta es parte de su economía. No estaría bien si no hubiera existido."

Quizá podría decirse —si uno tuviera el valor de hacerlo— que la literatura más banal del mundo ha sido la que han escrito los hombres de un país en torno a los hombres de otro lugar.

Parece ser que un hombre por sí mismo no debe abocarse todas las veces al intento de percibir en términos psicológicos lo que lo rodea. Al

tunidad de ser virtuoso, si su medio destroza sus aspiraciones morales, yo sostengo que ya tiene una causa importante de malestar y rebelión contra la sociedad. Claro que siempre es posible ser un mártir, pero no queremos ser mártires. El martirio no ofrece incentivos para el entendimiento común y corriente. Preferimos que se nos trate con justicia y que el martirio no sea necesario. Nunca pude comprender a esos antiguos caballeros grises de la historia. ¿Por qué no corrieron? Yo hubiera corrido como loco y no creo que me habría faltado al respeto a mí mismo ni a mi religión.

Dije que un hombre tiene el derecho de rebelarse si no se le da la oportunidad de ser virtuoso. A la inversa entonces, si tiene esta oportunidad justa: no se puede rebelar, no se puede quejar. Soy de la opinión de que la pobreza no es una causa de sí misma. Es algo que está por encima y más allá. Ahí están, por ejemplo, Collis P. Huntington y William D. Rockefeller; con lo virtuoso que son estos hombres, yo no diría que su virtud sea de ninguna manera superior a la mía,

por ejemplo. Sus oportunidades no son mayores. Ellos pueden dar más, abstenerse de más, en cantidad y no relativamente. Cada uno de nosotros puede dar todo lo que posee y yo soy su igual.

Sin embargo, no creo que ellos fueran capaces de sacrificios que en mí serían posibles. Por tanto no les envidio nada. Lejos de reprocharles algo, siento que ellos confrontarán una crisis final que yo, por medio de mis oportunidades, voy a evitar mejor. De hecho no hay ninguna ventaja de importancia que ellos tengan por encima de mí.

Es por estas razones que me rehúso a emitir un juicio sobre estas clases bajas de México. Hasta me rehúso a compadecerlas. Es cierto que en la noche muchos de ellos duermen amontonados en los quicios de las puertas y que se pasan los días echados sobre el pavimento. Es cierto que su ropa es escasa y gastada. Todas estas cosas son ciertas, pero sus caras casi siempre tienen cierta suavidad, una cierta falta de dolor, una fe serena. Puedo sentir la superioridad de su satisfacción.

Traducción de
Antonio Saborit y Clara García